

AVENTURAS DEL CAPITÁN ALATRISTE, de Arturo Pérez Reverte

De momento, son seis novelas: *El capitán Alatriste* (1996), *Limpieza de sangre* (1997), *El sol de Breda* (1998), *El oro del rey* (2000), *El caballero del jubón amarillo* (2003), *Corsarios de Levante* (2006). Madrid: Alfaguara; 237, 254, 258, 267, 348, 348 pp.; col. Las aventuras del capitán Alatriste; ilust. de Carlos Puerta las cuatro primeras y de Joan Mundet las dos últimas; ISBN: 84-204-8353-2, 84-204-4291-7, 84-204-4344-1, 84-204-4240-2, 84-204-0021-1, 84-204-7101-1.

Íñigo Balboa, joven escudero del capitán Diego Alatriste, que tiene unos trece años cuando comienza la historia, es quien narra todo cuando han pasado ya muchos años. Esto le permite ir atrás y adelante a su antojo, tanto en la vida de Alatriste como en la suya propia. Pero, según se nos aclara en una «Nota del Editor» al final de la tercera novela, en realidad es Arturo Pérez Reverte el redactor final de las aventuras de Alatriste a partir de un manuscrito de memorias de Íñigo Balboa. Por tanto, las referencias a las interioridades de Alatriste, y las descripciones de incidentes en los que Balboa no estaba presente, pertenecen a otro narrador. Lo mismo se puede decir de algunas valoraciones y panorámicas históricas imposibles para Íñigo aunque vengan en primera persona, como cuando dice que España caía en «un pozo sin fondo y sin esperanza del que nadie iba a sacarla, ni a sacarnos, en mucho tiempo y muchos siglos» (*El oro del rey*).

1624, Madrid. En la primera historia, Alatriste es contratado por unos enmascarados para que liquide a dos viajeros ingleses. Le acompaña otro mercenario italiano, Gualterio Malatesta. Pero ni las cosas son lo que parecen ni saldrán como esperan los enmascarados. Manejan los hilos en la sombra el inquisidor fray Emilio Bocanegra y Luis de Alquézar, el secretario real, por cuya sobrina Angélica empieza a beber los vientos Íñigo Balboa.

En *Limpieza de sangre*, Francisco de Quevedo pide a su amigo Alatriste que le ayude a rescatar a la novicia Elvira de la Cruz del convento de las Benitas. En el asalto, que se frustra pues la Inquisición sigue los pasos de la familia de la Cruz, Gualterio Malatesta captura a Íñigo Balboa y lo deja en manos del Santo Oficio. Éste lo interroga y determina que sea uno de los sentenciados en un espectacular auto de fe.

1625, Flandes. En *El sol de Breda* se narran acciones de los tercios españoles en Flandes que finalizan con la rendición de la ciudad de Breda. La escena final la inmortalizará Velázquez años más tarde, con las orientaciones que le dará Íñigo Balboa, presente junto al capitán en los momentos decisivos de aquella campaña.

1626, Sevilla. A su regreso de Breda, Alatriste es contratado para llevar a cabo una operación difícil: asaltar un galeón anclado en el Guadalquivir para que cambie de manos el oro que contiene. Luego queda claro que es

el rey mismo y su valido quienes están detrás del encargo. Alatraste recorre los barrios bajos y la cárcel para reclutar los hombres apropiados. Pero, antes, reaparece Malatesta y Angélica de Alquézar tiende una trampa a Íñigo.

En *El caballero del jubón amarillo* se narra que Alatraste no está dispuesto a renunciar a su trato con la actriz María de Castro para dejar el campo libre al rey Felipe IV. Termina entonces enfrentado con varios amigos y envuelto en una conspiración para matar al rey. Las extrañas relaciones de Íñigo Balboa con Angélica de Alquézar se anudan más, y Malatesta vuelve a tener un papel determinante.

1627. En *Corsarios de Levante* Íñigo y Alatraste están alistados a bordo de *La Mulata*. Recorren costas y puertos del Mediterráneo —Melilla, Orán, Cartagena, Malta, Nápoles...—, tienen enfrentamientos con moriscos y turcos, recuperan viejos amigos como el aragonés Sebastián Copons y hacen otros nuevos como el moro Gurriato, y se ven envueltos en varias algaradas en tierra y en bastantes combates navales. Un crecido y algo gallito Íñigo se encara con Alatraste por primera vez.

La serie de Alatraste ha ido cambiando con el paso del tiempo. Si al principio se presentó como un producto tipo *Los tres mosqueteros*, pues la primera novela tenía en común con ella la época, el espadachineo y el duque de Buckingham, luego se ha convertido en un proyecto mucho más ambicioso, de minuciosa reconstrucción de ambientes y de recreación de distintos lenguajes de la época. Por este mayor alcance, la serie desborda con mucho a los llamados «best-sellers» cultos. Por la misma razón, pero también por sus contenidos, ha de ser considerada lejos de cualquier otra de aventuras juveniles, aunque conserve rasgos constructivos y estilísticos del género y por más que se hagan campañas de promoción en colegios. Lo cual no quiere decir que no tenga o pueda tener lectores de los primeros y de las segundas, naturalmente.

Cada una de las seis novelas tiene algún hilo conductor pero, básicamente, todas ellas son una sucesión de lances con explicaciones y digresiones históricas.

Los hilos narrativos más consistentes son los de peleas dialécticas o físicas pues a las escenas costumbristas que se narran, de calle o de guerra, se les ajusta como un guante a la mano el lenguaje ágil y agresivo que ha construido el autor mezclando con gran naturalidad expresiones de antes y de ahora.

Los más endebles son los melodramático-amorosos, pues los personajes femeninos son esquemáticos, el comportamiento de los héroes en esa clase de situaciones chirría un tanto, y, a mi parecer, algunas expresiones exageradas o a lo Sinatra no encajan: «una sonrisa lenta,

muy lenta, de desdén y de sabiduría infinita al mismo tiempo» (*El capitán Alatriste*); o esta otra, «sé —quiero creer que lo sé— que ella me amó siempre. A su manera» (*El caballero del jubón amarillo*).

Otro punto fuerte es la oportunidad con que Pérez Reverte va enhebrando citas y versos de los clásicos de la época: se ha de apuntar en su haber el impulso a muchos lectores para que lean por sí mismos a Quevedo, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Góngora...

Otro es el talento particular que tiene para dar con réplicas contundentes, con resonancias cinematográficas algunas —«Ésa no era mi guerra» (*El capitán Alatriste*)—, herederas otras de los clásicos —«día del Juicio vendrá en que todo saldrá en la colada» (*El caballero del jubón amarillo*)—.

En alguna ocasión, sin embargo, creo que hubiera sido preferible un mayor laconismo y ahorrar expresiones a lo Paulo Coelho, como cuando Gurriato dice a Íñigo que Alatriste es sabio pues «mira su espada cada día al abrir los ojos, y la mira cada día antes de cerrarlos... Sabe que morirá y está preparado. ¿Comprendes?... Eso lo hace distinto a otros hombres» (*Corsarios de Levante*).

En cuanto a los personajes yo destacaría que muchos secundarios aparecen dibujados con pocos pero vigorosos trazos: «difícil de verbos y fácil de acero», se nos dice de Sebastián Copons (*Corsarios de Levante*).

Sin embargo, Alatriste acaba estando muy recargado: la insistencia con que se alaban sus cualidades y el afán del narrador por justificar sus actuaciones, o por hacérselas más comprensibles, y presentárnoslo pese a todo como un hombre de bien, acaba siendo contraproducente. Cuantas más explicaciones se dan acerca de un personaje así, más patente queda la endeblez de argumentos como el «Osado y antojadizo / mató, atropelló cruel; / mas por Dios que no fue él, / fue su tiempo quien lo hizo» con que arranca la quinta novela. Además, aunque un comportamiento tan hacia la galería puede dar resultados magníficos, como el digno desplante cuando decide no beber vino de calidad en la tienda de los oficiales (*El sol de Breda*), también propicia situaciones fuera de toda lógica e incluso cómicas, como cuando decide torturarse a sí mismo para meter miedo a su víctima y no tener que romper su regla de no torturar a nadie (*El oro del rey*).

Las dos primeras novelas son las menos sofisticadas de lenguaje y, vista la evolución posterior, se les puede atribuir una función de presentación de los protagonistas, de sus amigos, y de sus principales contrincantes. En relación a estos últimos pienso que Gualterio Malatesta va ganando consistencia poco a poco; que Luis de Alquézar pasa inadvertido aunque su presencia se haga sentir sobre todo a través de su

sobrina, un personaje que a mí me resulta inverosímil; y que fray Emilio Bocanegra es un unidimensional malvado de cómic que desentona mucho en una historia seria.

Pienso que la tercera novela, *El sol de Breda*, es la mejor porque, al desarrollarse en un solo escenario, tiene mayor unidad; porque el estilo del autor va perfecto con esos ambientes; y porque resulta convincente cómo llega Íñigo Balboa a «extraña línea de sombra que todo hombre lúcido termina cruzando tarde o temprano».

En mi orden particular la cuarta sería la siguiente mejor, porque hay una misión concreta que cumplir que pone orden y tensión al relato y porque, aunque pueda ser cierto el reproche de que Pérez Reverte alardea de su dominio del lenguaje propio de los delincuentes y que incluso lo mejora, también se ha de añadir que es porque puede y que, con eso, se pone un listón literario más alto que algunos agradecemos.

Creo que la quinta es la peor, por su argumento en exceso pelicularo, porque dibuja un Alatríste sombrío y violento hasta resultar repulsivo, y porque las componentes amorosas y sexuales de la trama dan lugar a situaciones un tanto absurdas.

Lo mejor de *Corsarios de Levante* son las escenas marineras —también aquí el autor puede presumir de riqueza y precisión en el lenguaje—, así como la verosimilitud con que se narran los combates; y quizá no haría falta explayarse tanto en las aficiones de los soldados al juego, a la bebida, a las peleas por motivos nimios y a frecuentar mancebías...

Ciertamente, la lectura continuada de las novelas de una serie propicia caer demasiado en la cuenta de las repeticiones pero, aún sin olvidar que fueron escritas para ser leídas de otra manera, tal vez más contención las mejoraría, en especial las dos últimas historias.

En cualquier caso está muy cuidada la ambientación. Son magníficas las descripciones de escenarios exteriores e interiores, de indumentarias y de gestos. Son también sobresalientes muchas escenas de trifulcas y de combates, y hay capítulos, o episodios dentro de algunos capítulos, que son magistrales. Así, el mundo del teatro de la época en «El corral del príncipe», en la primera novela. O la pintura de «El auto de fe», en la segunda. Si hubiera que elegir escenas, las mías serían «El Motín» y el tramo ya mencionado de «La encamisada», en el que Alatríste es conducido a la tienda de campaña del maestro de campo Pedro de la Daga, en la tercera. Un sensacional episodio burlesco, aunque quizá se carga un poco la mano, es el velatorio de Nicasio Ganzúa, que se cuenta en «La cárcel real», en la cuarta novela. El dominio del autor del lenguaje de jerga se revela más aún en la quinta, entre otros momentos cuando describe «La posada del Aguilucho». Y, de las escenas de acciones en el

mar de *Corsarios de Levante* yo destacaría el feroz combate final que se narra en «La última galera».

Para mí no lastran la historia las explicaciones didácticas que facilitan al lector que se sitúe, algo que Pérez Reverte hace muy bien. Pero sí se podrían evitar los acentos didácticos tan explícitos acerca de cómo hemos de ver la historia de España y los constantes juicios sumarios genéricos (semejantes al que yo haría si añadiese ahora un «a los que tan aficionados somos los españoles»). Así, demasiadas veces se menciona la idea de que «otra hubiera sido la historia de nuestra desgraciada España si los impulsos del pueblo, a menudo generoso, hubieran primado con más frecuencia frente a la árida razón de Estado, el egoísmo, la venalidad y la incapacidad de nuestros políticos, nuestros nobles y nuestros monarcas» (*El capitán Alatriste*). Pero, como pasa con las generalidades, al pueblo también se le zarandea en sentido contrario: «en nuestra infeliz España, el pueblo siempre estuvo dispuesto a vitorear cualquier cosa» (*El caballero del jubón amarillo*).

En relación a la presentación de la época, es tarea de los historiadores decir si es o no correcta, más allá de las alteraciones que se haya permitido el autor por motivos novelescos¹. Sí es importante subrayar que, sea cual sea el caso, la visión que se presenta es tan parcial como la que pueden dar una serie de novelas negras ambientadas en Los Ángeles acerca del Estados Unidos de nuestro siglo. Es decir, en las novelas de Alatriste hay un punto de vista que deja de lado a la gente normal y a personajes singulares con otros comportamientos, y con aportaciones más decisivas. En concreto, ante la reiterada presentación que hacen estas novelas de los hombres y mujeres de fe como si todos fueran venales o ignorantes o payasos, viene bien recordar que fueron ellos quienes pusieron en marcha y sostuvieron en aquellos siglos las instituciones de beneficencia y de ayuda a los más necesitados. (A lo cual se podría añadir que, además, continuaron haciendo lo mismo en los siguientes y que, hoy mismo, aunque hay ya más personas e instituciones que también se ocupan de esas tareas, también ellos siguen siendo la mayoría: tal como el historiador Michael Burleigh señala en su prólogo a *Causas sagradas*, «¿cuántos liberales ateos dirigen comedores gratuitos para drogadictos sin techo?»².)

¹ Se puede leer el artículo de Donato Barba titulado *Alatriste, el duque de Buckingham y la Santa Inquisición*, en <http://www.aceprensa.com/art.cgi?articulo=2872>

² Michael Burleigh. *Causas sagradas* (Sacred Causes. Politics and Religion in Europe. From the Great War to Islamic Terrorism, 2005). Madrid: Taurus, 2005; 640 pp.; trad. de José Manuel Álvarez Flórez; ISBN: 84-306-0621-1.

También me parece dudoso que un español del XVII afrontase la vida tal como lo hace Alatraste, al modo de un tipo cínico-escéptico-desengañado de hoy. Lo cierto es que Alatraste tiene claro que Dios no existe o que, si existe, los hombres no le preocupamos nada, y que lo que sucede a los hombres «depende de cómo caigan los dados» (*Limpieza de sangre*). La experiencia vital de Íñigo Balboa le hace pensar lo mismo: «siempre topé en el camino con más Sanchos que Quijotes, y con más gente ruin, malvada, ambiciosa y vil, que valiente y honrada» (*El caballero del jubón amarillo*). De ahí que «con el paso de los años también yo aprendí que la lucidez se paga con la desesperanza, y que la vida del español fue siempre un camino hacia ninguna parte. (...) Y al fin comprendo por qué todos los héroes que admiré en aquel tiempo eran héroes cansados» (*El oro del Rey*). Pero quizá la visión a la inversa lo haga todo más claro: sin fe en Dios no hay una esperanza sólida, sin una esperanza bien fundada los caminos van hacia ninguna parte, sin una meta todo resulta más cansado y, claro, un resultado natural es una lucidez que podemos calificar de ciega y que, además, puede alcanzar cualquiera sin necesidad de ser español.

Febrero 2007